

LA SEDUCCIÓN A TRES: MIRADAS, PALABRAS Y GESTOS

Beatriz Pérez González

Universidad de Cádiz

A todo seductor se le conceden tres herramientas que irremediamente usa, para preparar el camino de la seducción: las miradas, las palabras y los gestos.

Se compara siempre la seducción con un juego, sin embargo es el producto de un experto en miradas, palabras y gestos.

No siempre el seductor seduce y el seducido lo es; aunque siempre uno ame y el otro reciba el amor. Se pueden cambiar las acciones, siempre que cambien las personas: ese es el elemento fundamental, porque siempre el seductor lo será de quien ha seducido. La seducción que se ejerce, permanece siempre, aunque una persona pueda ser objeto de múltiples seducciones, pero *esa* es genuina, y se piensa siempre en ella.

Casi nunca se siente por tanto una seducción múltiple, nunca a la vez, porque el realmente seducido tiene fuerzas y voluntad atrapadas. Eso es en realidad lo que hace que sea una seducción.

Pero en otro momento puede ser seducido por otro, que tal vez le recuerde al anterior seductor, en una nueva versión, pues siempre son genuinas las miradas, las palabras y

los gestos. El seductor es un dios menor hasta que se convierte por el deseo del seducido, en el mayor de los dioses.

“Me parece igual a los dioses ese
Hombre que ahora está frente a ti sentado,
Y tu dulce voz a tu lado escucha
Mientras le hablas” [1]

La condena de la seducción es que en realidad se diferencia del amor. El amor cambia, es algo alcanzado, acabado; la seducción *permanece siempre* en el otro: tanto si es objeto de ella como si la ejerce.

El seducido *se deja* porque es atractivo transitar por senderos riesgo [2].

Aunque el del seductor es el papel más activo, en realidad el que ama es el seducido; y el objeto de pasión, a quien se dirige el amor, es al seductor. Pero como no existe correspondencia, no se trata de amor: sino de pasión en estado puro, que es una suerte de amor distinta.

En el seducido, siempre importan las imágenes, sin embargo en el seductor, solo importa lo que le conduce a la pasión: las miradas, las palabras y los gestos.

Las imágenes son fotografías que el seducido guarda por siempre en su memoria, debido a la fuerza con que se reciben.

Del seducido se dice que es débil, pero más que serlo actúa como tal y siempre lo hace de forma ocasional. Es cierto que siente cierta debilidad, cierto descorazonamiento, que reconoce cierta incapacidad [3], que quiere encontrar algo diferente, que ha perdido algo, o al menos todo eso lo siente. El seducido tiene el carácter más bien del utópico: se quiere inspirar y desea cambiar; la forma de hacerlo es siguiendo fielmente a su dios, al seductor. El seducido quiere conseguir esto, y se abandona al seductor. El seductor, por su parte, consigue en cada seducción una nueva inspiración, y se hace aún más seductor, aún más atractivo, al menos a los ojos del seducido (que le mirará siempre), y también según su propia opinión.

El seducido casi nunca es inconsciente a la acción del seductor, pero el seductor puede serlo; se trata de casos en los que el seducido no puede expresar la seducción de la que es objeto, y la mantiene sin desvelar, ocultada. Entonces la conoce y la siente pero la guarda como si *desvelar* el secreto, supusiese acabar con la seducción.

¿Pero por qué son miradas, palabras y gestos?

“*Pensado-*
oh ayúdame al atrevimiento
de decir esto.
¡Escucha! *Pensado*
significa ahora:
des-velado:
liberado
hacia los abismos de ese furor
del que se desprende lamento
tras lamento de tu sangre, oh atiende,
y desde entonces arroja mi hacia-ti.” [4]

Las miradas, también las inocentes, parece que fueran provocativas y perversas. Las miradas que provocan deseos, y que resbalan bajo la piel, son realmente las del seductor.

Hay miradas vidriosas, y sagaces, que se retiran esquivas, en cuanto son descubiertas. Las del seductor jamás se retiran porque pretenden eso, la provocación y la explosión del deseo. Las miradas que se retiran, son de locos de atar, de quienes jamás devuelven los saludos, o lo hacen con timidez, de ser sorprendidos, en el pensamiento del deseo.

Hay sin embargo miradas, que aprecian, lo inobservable a simple vista.

La mirada del seductor es natural, debe parecerlo al menos. No es cercana a la locura, ni a la maldad.

El seducido mira de una forma especial al seductor, éste último es un sujeto deseante,

que quiere conocer más o conocer otra cosa. En él existe la tensión de sujeto reducido (que se somete al otro) y sujeto potencial (el que será cuando termine de recorrer el camino por el que le lleva el seductor).

La complicidad entre seductor y seducido, está en la mirada, que promete la *trasgresión*, pero también promete el cambio.

Tratándose de la mirada, nunca hay posibilidad de confusión. La mirada del seductor delata, así como la del seducido; aunque el primero si lo quiere así, el segundo no. No es ya lo que se transmite con ella (complicidad, deseo), sino la amenaza de la promesa de la inmediatez, que sostiene tan solo la mirada y que se rasga tajante, cuando se suspende la mirada. Cada mirada del seductor, es una promesa que no da lugar a la interpretación, es abierta e *invasiva*. Con lo hablado, podemos simplemente desdecirnos, porque las palabras pueden cambiar los gestos antes hechos, pero las miradas no mienten. Una mirada obscena te desnuda, y ante ella estás indefenso. No se puede responder más que con otra mirada, porque solo las miradas pueden ser limpias y directas, pueden solo las miradas desnudar. La mirada del seductor, es la mirada cargada de sensaciones, que expresa tan solo con la vista y el entrecejo, con la intensidad y el brillo de los ojos. Es una mirada que indudablemente sofoca, y si no lo hace, es que el seducido no comprende, porque siempre insinúa, y promete, porque siempre permite algún pensamiento.

La mirada del seducido, es tal vez la mirada de la pérdida, la mirada de quien no sabe como actuar, la del secuestrado, la del que envidia en realidad, ser como el otro: un seductor... (y tal vez a su vez, lo es).

En realidad lo que desea fervientemente el seducido, es convertirse en el otro: en el seductor, y tal vez lo es ya a su vez, tal vez lo es en ese preciso momento.

“Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, también éste mira dentro de ti.” [5]

Aunque si bien es verdad, que un seducido puede ser seductor a su vez, la seducción, para que se ejerza, debe ser consciente, precisa y focalizada.

Hay miradas casi no meditadas, que se escapan de nosotros, miradas también obscenas, hacia ciertas partes del otro, miradas lascivas. Pero el seductor no ataca a partes concretas del cuerpo: él tan solo seduce con la mirada, por eso se trata de una promesa.

Las palabras, también las más inocentes, parece que fueran provocativas y perversas. Las palabras provocan también deseos, que resbalan bajo la piel.

Cargadas de nuevos significados por efecto de la seducción: hay siempre palabras para los oídos atentos, incluso aquellas, que en realidad no tienen significados especiales, incluso las que no se pronuncian.

Hay palabras atentas hasta el exceso, y palabras, que no caen en la cuenta de nada, pero que sin embargo adquieren el sentido del todo, del todo de quien las protagoniza, de quien hasta el exceso las prolonga.

La palabra que seduce, es la palabra que acaricia, allá donde debe hacerlo, es la palabra que en ocasiones despierta y en otras enmudece, o adormece al menos. La palabra que seduce es la que actúa sobre el hecho de expresar de otra forma lo que se siente; aunque el deseo no se justifica (no se argumenta), porque pocas cosas sostienen una defensa del deseo..., quizá tan solo la creación literaria.

Todo seductor produce sus palabras y a la vez todo seducido genera sentidos nuevos en palabras o nombres que inevitablemente adjudica al seductor. Para dejarse seducir, hay que llenar de significados esas palabras que se conceden o se crean, un código secreto que el resto no advierte a comprender.

La palabra deja huellas en el seducido, y a la vez es el mapa que tiene para recorrer el camino que está dispuesto a recorrer, pero que no sabe como hacerlo.

Y es que con las palabras, siempre hay posibilidad de confusión, incluso el seducido las dice con respeto y con doble sentido, para evitar la humillación, si es que el seductor no quiere entenderlas. Sin embargo, este último siempre es claro, y conoce de antemano

cómo acariciar con las palabras, qué ingredientes añadir, y cuales no deben ser mencionados. Actúa con un plan, casi perverso de acción.

En las palabras, los tiempos son para el seductor rituales y tienen ritmos medidos como los de un acorde de tango, que conoce y mima, hasta que se produce la explosión que desea.

“No era esto, no, cruel, lo que otros días,
No era esto lo que falso me jurabas.
No las desventuradas ansias mías
Con estas esperanzas inflamabas.” [6]

Los gestos, también los más inocentes, parece que fueran provocativos y perversos. Los gestos provocan también deseos, que resbalan bajo la piel.

El seducido recuerda siempre objetos que el seductor portó. Esas imágenes son la fotografía que tiene que incluso crea y recrea en su mente. Son siempre objetos o acciones que exclusivamente adscribe al seductor, aunque puede haber alguien que casualmente las repita y entonces, rememore de nuevo la imagen del seductor.

Una chaqueta de pana, un anillo negro, unas gafas o un simple paraguas que quizá el seductor nunca llevó: no importa, el seducido lo recuerda así; un dedo enrollándose en el pelo, el color de sus cabellos, una camisa blanca o unos vaqueros, un cinturón, y demás cosas que a simple vista no parecen ser especiales, pero que la mirada del seducido los convierte en tales. A todas estas imágenes les conceden los seducidos (cada uno las suyas), una interpretación especial, algo sobre lo que todo lo demás gira.

Recuerdos de gestos e imágenes, hacen que eso que ha sentido sea realmente una seducción. Olores y sabores antes no apreciados, se convierten ahora, por objeto de la seducción, en un mundo cargado de *sentido*, un mundo al que el seducido concede *significados especiales*. Cada vez que observa esos objetos o gestos, rememora la imagen del seductor, y eso le hace sentir bien; aunque en realidad sufre, porque nunca posee realmente al otro. Sólo posee el que ejerce la seducción, y la ejerce con ese objeto.

El seductor es el deseo y el seducido es la pérdida. No puede existir uno sin otro.

La ventaja del seducido es que entre todas esas imágenes que mantiene vivas, está, también la llave que abre sus propias potencialidades y éstas potencialidades, no tienen porqué ser las de la seducción.

Todo profesor, es un trasgresor que invita a transitar por los caminos de riesgo: los del conocimiento. La invitación puede ser recogida, o no. Todo inmigrante... es un seducido que se atreve a transitar por los caminos del riesgo, a vivir otra vida alejada de los suyos, de su mirada (la de su pueblo), de sus imágenes, de sus palabras. Todo el que cree no saber, ha sido seducido por el conocimiento. El que se empeña en su tarea y el que crea algo nuevo; ambos son también, o fueron, seducidos y reconocieron sus propias carencias.

Hay que saberse seducir y hay que saber también seducir. Sin duda, es la prueba más evidente del sentimiento de vivir: la pérdida y el deseo.

NOTAS

[1]: Fragmento de un poema de Safo Trad. de Juan Manuel Rodríguez Tobal (1998:17). Safo es un ejemplo de seductora-seducida.

[2]: R. Reyes, 2005/1, dice: “El seductor será, por tanto quien invita a transitar por caminos desconocidos (o prohibidos) para aquellos a los que pretende seducir.”

[3]: Sócrates casualmente decía no saber nada: rara autoconcepción de uno que es reconocido como uno de los filósofos más prolíficos de la tradición europea. Sin duda, sentía seducción por el conocimiento.

[4]: Martin Heidegger a Hanna Arendt: El fragmento (2000: 96) pertenece al poema: *Pensado y Leve*. La de Martin Heidegger y Hanna Arendt es un ejemplo de seducción mutua: quizá la más cercana al amor. Recomiendo su lectura a quien le interese el tema de la seducción por conocimiento.

[5]: Friederich Nietzsche (1985:106)

[6]: Fragmento de *Bodas de Tetis y Peleo*, Poesías de Catulo (1997:35).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Catulo (1997): 'Bodas de Tetis y Peleo', en *Poesías de Catulo*, Trad. de Manuel Norberto Pérez del Camino, Alianza Editorial, Madrid.

Nietzsche, F. (1985): *Más allá del bien y del mal*, Alianza editorial, Madrid.

Arendt, H. y Heidegger, M. (2000): *Correspondencia*, Ed. de Ursula Ludz, Trad de Adan Kovacsiss, Herder, Barcelona.

Reyes, R. (2005): 'De la seducción', Fragmento 1, *Nómadas* 11, Eurotheo, UCM.

Safo, *Mitos Poesía*, Ed. Mondadori, 1998.

Resumen

Este artículo desvela algunos de los secretos de la seducción. Con un tono literario pero muy directo, el texto explica que las miradas, las palabras y los gestos son los tres elementos fundamentales en ese ámbito de amor y juego. La autora describe con precisión las características del seductor y las del seducido, dejando claro que ambos necesitan del otro para existir y adquirir sentido.

Palabras clave

Seducción, seductor, seducido, miradas, palabras, gestos.

Abstract

This article reveals some of the secrets of the seduction. With a literary tone but very direct, the text clarifies that the looks, the words and the gestures are three fundamental elements in this one area of love and game. The authoress describes finely the characteristics of the seducer and of the seduced, clarifying that both need from other one to exist and to acquire sense.

Key words

Seduction, seducer, seduced, looks, words, gestures.